

Creatividad urbana

Tóxico Cultura y Laboratorio para la Ciudad

Gabriella Gómez-Mont

HE TRABAJADO TODA MI VIDA EN LA cultura contemporánea. He sido artista visual, curadora experimental en el primer colectivo curatorial de la ciudad de México —Laboratorio Curatorial 060—, hice un largometraje-documental titulado *El hombre que vivió en un zapato*; estudié comunicación y después me fui a Fabrica, un espacio creativo multidisciplinario dirigido en ese momento por Oliviero Toscani. Soy periodista y escribo en medios nacionales e internacionales. He sido consultora en proyectos multidisciplinarios, en los últimos años colaboré con TED y he sostenido un par de *fellowships* en el MIT y en la Universidad de Yale.

Hace un tiempo tuve que realizar un artículo para una revista inglesa sobre diseño gráfico mexicano, y me tocó entrevistar a varios representantes destacados de esa escena. A pesar de que ellos ya se consideraban los mejores de México, supieron de varias personas que yo había conocido en Fabrica y comentaron que les encantaría entablar una conversación con ellas, porque les veían como a sus musas internacionales. Entonces llamé a Stefan Sagmeister, un artista visual y uno de los mejores diseñadores gráficos del mundo, y lo invité a la ciudad de México a dar un taller especialmente pensado para esta generación sumamente talentosa que aún necesitaba ser retada por sus pares. Fue muy exitoso y empecé a ver un

interés similar dentro de otras profesiones creativas. Así, en 2008, nació Tóxico, que bien podría llamarse Tóxico Cultura Contemporánea, y que se dedicaba a traer talleristas mundialmente reconocidos para dar conferencias y seminarios. El objetivo era claro: tejer relaciones mucho más estrechas con los círculos creativos mexicanos. Todos los proyectos en los que he participado han sido influenciados decisivamente por el ámbito creativo contemporáneo, multidisciplinar y experimental que se hace preguntas inclusive acerca de sus paradigmas.

Desde hace dos años dirijo el Laboratorio para la Ciudad, que se puede definir como el área experimental y creativa de la capital mexicana. Es un área híbrida entre ciudad y gobierno, que nace con la intención de inyectar buenas ideas, incorporando talento ciudadano y multidisciplinario a las acciones de gobierno. Yo no quería trabajar para este ámbito, pero el jefe de gobierno de la ciudad más grande del hemisferio me hizo esta provocadora propuesta: “tienes licencia creativa, me interesa la innovación y la participación ciudadana, pero tienes carta blanca para proponer lo que tú quieras”. Se trataba de un ejercicio especulativo, de crear un departamento para una megalópolis y de pensar qué implicaciones tendría, cómo actuaría, cuál sería el equipo... Tuve que hacerme las mismas preguntas que me hubiera planteado haciendo una instalación o un proyecto con O60, con la diferencia que esto se articularía de forma permanente por lo menos durante los próximos seis años.

Si provienes de las artes y te encargan una dependencia de gobierno, no es para que te mimetices con sus formas de operar, sino para crear un espacio que pueda influir en la forma de interactuar y generar un vínculo entre la voluntad política del gobierno y la energía social de la ciudad. No se trata de sucumbir con gracia o sin ella a las reglas de donde te insertas. He encontrado una apertura absoluta a nuestras locuras. Había imaginado mucha resistencia, pero lo cierto es que mis batallas han sido de otra índole: han sido administrativas porque el aparato de la burocracia es muy pesado, muy lento y nosotros tenemos que ser un área ágil.

¿Qué tiene que ver todo esto con lo que hacía antes? Tratamos de romper con esta idea de que la creatividad es una característica exclusiva del arte y la cultura. Ésta muchas veces se ha pensado como la cereza del pastel, o como lo primero en irse cuando recortan presupuesto. Al abrir un área

creativa de gobierno la intención es la opuesta. Pensamos que la imaginación no es un lujo, y que el *ethos* creativo debe ser una herramienta que podamos usar todos. Ha sido muy interesante ver cómo el hacer ciudad puede ser nutrido por los mecanismos del arte y la cultura, porque la ciudad es una infraestructura física, pero también es una infraestructura simbólica y una serie de cuestiones de identidad y de procesos sociales que están grandemente influenciados por imaginarios colectivos, por ideas *a priori* en torno a quiénes somos y qué es nuestra ciudad. En cuanto a nuestra forma de habitar la urbe, hemos pasado del paradigma que privaba en la década de 1970, en la época moderna, cuando la ciudad se pensaba como un espacio que debía ser práctico, veloz y productivo, a otro en el que una ciudad debe de ser mucho más que eso: ahora no sólo exigimos a las ciudades que sean pragmáticas; también les pedimos que sean fascinantes. Si antes era suficiente con que un gobierno fuera proveedor de servicios, ahora creemos que también le toca la tarea de instigar y catalizar la creatividad social.

El Laboratorio tiene dos ejes principales. Uno está vinculado con la innovación cívica. En él se piensa y trabaja en cómo podemos reimaginar o reinventar la forma en que colaboran gobierno y ciudadanos, haciendo hincapié en la inteligencia colectiva. El otro es el de creatividad urbana, que al preguntarse cómo podemos pensar el espacio de la ciudad, se plantea que la nuestra puede ser un ámbito de flujo de ideas, de intervenciones urbanas, de manifestaciones artísticas y demás. Seguimos ideas como la de Lewis Mumford, un urbanista que afirmaba que las ciudades no debían construirse nada más para el cuerpo, sino también para la imaginación.

Mi equipo está dividido en grupos de trabajo. El primero, Ciudad Compartida, atiende todo lo público y la generación de valor público, por ejemplo: la movilidad pensada desde el peatón y las bicicletas, en términos de la economía compartida, de la *changing economy*. Ciudad Abierta toca temas de gobierno abierto y busca cómo hacer mucho más innovadores sus procesos, explora los derechos humanos y profundiza en la política pública progresista. También está Ciudad Lúdica que, junto con la Secretaría de Educación de la Ciudad de México, trabaja en el desarrollo de la *curricula* de habilidades creativas para niños de primaria. Como dijo Sir Ken Robinson, uno de los líderes en cuestión de creatividad para la educación, lo que fue ser analfabeta el siglo pasado, hoy corresponde a no conocer los meca-

nismos de la creatividad. ¿Por qué? Porque estamos preparando niños para futuros que desconocemos. ¿Cómo preparas a alguien para que viva dentro de 20 años, cuando hay realidades que cambian continuamente?, ¿cuáles son las capacidades laborales que les das a una nueva generación cuando no sabes cuáles van a ser esas nuevas profesiones del futuro? Ahí entra en juego la creatividad como esa capacidad humana que permite activar toda una serie de mecanismos, de secuencias y de posibilidades, independientemente del escenario en que te encuentres. Una de las cosas que proponemos es que la ciudadanía tiene el potencial de hacer actos creativos: ya no vives en la ciudad que te dan, sino en la ciudad que tú ayudas a conformar. Estamos trabajando, por ejemplo, en talleres de prototipaje urbano: planteando retos de la ciudad a chavitos de siete a nueve años, para que ellos mismos busquen los mecanismos y lleguen a soluciones. No sólo los proveemos de habilidades, sino que les damos una nueva forma de interactuar con su entorno. Por último, Ciudad Creativa, tiene que ver con el *ethos* creativo. La ciudad de México es una de las grandes capitales creativas a nivel internacional, pero esa historia no se ha contando de manera contundente ni a la ciudad misma ni a nivel internacional.

La Ciudad de México tiene más museos y espacios culturales que cualquier otra urbe del mundo. Varían los números de población a población, pero a nivel nacional del cinco al ocho por ciento del PIB viene de las industrias creativas. Hay aquí un potencial de desarrollo económico. Nos interesa mucho ver qué sucede con la escena artística a fin de des-obstaculizar su trabajo. Por ello empezamos a trabajar con la Secretaría de Cultura y la Secretaría de Desarrollo Económico como aliadas, para identificar cuáles son los impedimentos que tiene la gente que está haciendo cosas interesantísimas: cómo los quitamos y cómo ayudamos a que florezca el espacio creativo de la ciudad. Si hemos llegado tan lejos con obstáculos, ¿qué podría suceder si empezamos a plantear estrategias mucho más coordinadas, vinculándolas con las necesidades de la sociedad civil?

Además, existe en esta ciudad un espacio de creatividad social que no ha sido lo suficientemente explorado. Para ser *megalopolitanos* necesitamos interactuar de una manera bastante ágil con el entorno urbano. La nuestra no es una ciudad fácil, es bastante *sui generis* y ha desarrollado en sus habitantes una serie de capacidades creativas. Pero también debemos

tener un gobierno creativo, leyes creativas, política pública creativa; pensar la creatividad como una capacidad generadora de nuevas posibilidades, de un espacio de ideas, de un recurso intangible que es exponencial. Tratamos de atraer este enfoque a todo lo que hacemos, incluyendo las leyes. La ley de ciudad abierta es única en el mundo porque responde a la pregunta “¿cómo crear leyes para espacios cambiantes?”, y se convierte en una ley dinámica. Se suele pensar en los instrumentos jurídicos como algo absolutamente conservador y rígido. En esta legislación ambas cuestiones se ponen en crisis. Estuvo vinculado con su creación un consejero jurídico de la talla de José Ramón Amieva, que sabe que la realidad es cambiante y que es hora de entender que si bien las leyes deben seguir siendo un instrumento de convivencia social, creación de realidades y ordenamiento urbano, también se tienen que adecuar a los tiempos que corren, actualizarse y evolucionar al paso que evoluciona y reacciona una sociedad. Nuestro grupo de trabajo se conformó con más de cinco secretarías de gobierno. La ley se aprobó por unanimidad: no hubo un solo voto en el Congreso que no estuviera de acuerdo con una ley que muchas otras ciudades podrían considerar como transgresora. Aquí dijeron: “vamos a hacer este experimento con leyes que actúan de otra forma”.

Dentro del gobierno trabajamos con realidades que pensamos que son muy sólidas, cuando en realidad la ciudad se replica en la mente de todos nosotros y muchas veces no se trata de realidades objetivas, sino simbólicas; por ejemplo, la Ecobici. Por más que se critique que hasta ahora sólo exista en ciertas áreas, nos cambió la sensación de la ciudad que somos. Antes mucha gente pensaba que el sistema de bicis compartidas era una especie de locura, que íbamos a mandar a la sociedad al matadero. Hoy se dan 35 mil viajes diarios en bici y durante cuatro años hubo cero fatalidades. Desafortunadamente en el último año murieron dos usuarios, pero éstas siguen siendo tasas sumamente bajas para lo que pronosticamos. Que se cierre Reforma cambia tu idea de ciudad posible. Eso es lo que el arte siempre ha entendido: que una bicicleta es más que una bicicleta, que también es una serie de procesos sociales y colectivos, de cómo nos pensamos en este espacio que compartimos. Y siento que, desde la cultura, este tipo de ejercicios se tejen en espacios un poco más contenidos. Por eso nos interesa retomar el espacio y, como Platón sacó a los poetas de su gobierno

ideal, nosotros pensamos cómo los regresamos, no sólo a ellos, sino también a los artistas, a toda esta gente que está acostumbrada a trabajar con realidades maleables.

Tenemos una serie de residencias y uno de los últimos que hicieron uso de ellas fue Perry Chen, el cofundador de Kickstarter, una plataforma de fondeo para proyectos creativos que hoy genera un millón y medio de dólares al día. Él ha inspirado plataformas que transforman nuestras maneras de producir y de relacionar a los creadores con sus públicos. Han cambiado las reglas del juego por completo.

Este año Carlos Gershenson, José Castillo y yo ganamos el Audi Urban Future Award, que es uno de los premios de innovación y movilidad más importantes del mundo, donde normalmente compiten los despachos de arquitectura más importantes a nivel internacional. Era la primera vez que un gobierno formaba parte de un equipo. Competimos contra Berlín, Seúl y Boston, y fue la primera vez que el premio se quedó en América Latina.

Lo que hacemos es experimental e implica un riesgo para el resto del gobierno, porque si la Secretaría de Educación de pronto dice: “vamos a experimentar con la *curricula* de las primarias”, la sociedad civil y la prensa pueden decir “¡no!, ¿cómo?” Queremos que el gobierno sea sólido y por eso nos lamentamos con el retraso en sus ideas. Ahí es en donde entramos nosotros. No somos el único laboratorio en el mundo: existe más o menos una docena. Fuimos el primero en América Latina, y ya nos siguieron la pauta Buenos Aires y Río, que no son ciudades menores. Fuimos el primer laboratorio en una megalópolis y el primero con un equipo que viene de áreas culturales, porque todos los demás vienen del mundo de los emprendedores o de la política. Eso acaba imprimiendo un sello bastante particular por mucho que compartamos esta naturaleza experimental con el resto.

Las ciudades son el artefacto cultural más fascinante, más complejo y más importante que ha creado la humanidad, y este tipo de proyectos tenía que nacer en una urbe como la nuestra. Muchas veces no nos damos cuenta que tenemos una ciudad bastante osada: aprobamos el matrimonio igualitario antes que Nueva York, en un tiempo sumamente corto; tenemos leyes súper progresistas en términos de eutanasia que todavía ciudades del primer mundo siguen debatiendo; fuimos de las primeras que nos involucramos en el tema de ciudades libres de humo y en cuanto a derechos de

interrupción del embarazo; también tenemos la ley sobre derechos transsexuales, que es de las de mayor vanguardia en el mundo, y la ley de ciudad abierta, que toma en cuenta no sólo la transparencia y la rendición de cuentas, sino que además da a los ciudadanos el derecho de ser parte del diseño de políticas públicas, de tener injerencia dentro de lo que sucede y de exigir al gobierno la utilización de nuevas herramientas para incluirlos dentro de los diálogos.

Este tipo de ejercicios pueden llevarse a cabo en otras áreas. Si intervienes creativamente en una empresa, tienes capacidad de marcar alguna influencia en los mercados, lo cual es interesante. Si intervienes creativamente en un gobierno, tienes la capacidad de transformar una ciudad y una sociedad, y eso es lo más interesante que te puede pasar, mucho más allá de las ganancias económicas: cómo compartimos un mismo espacio, cómo intervenimos en la sociedad a través de lo que pensamos, del espacio de lo posible, de las conversaciones que se dan, ése es el reto más interesante y más complejo y más difícil.